



JESÚS ZATÓN

*Acaso también,
un hombre*

ACASO TAMBIÉN, UN HOMBRE

Jesús Zatón

ACASO TAMBIÉN,
UN HOMBRE



ARS  POÉTICA

Jesús Zatón

ACASO TAMBIÉN, UN HOMBRE

Prólogo de
Santiago Izar de Lafuente

colección
| ARS NOVA |

ARS POETICA
boutique de poesía

Acaso también, un hombre
Jesús Zatón

Colección:
ARS NOVA

Dirección editorial:
Ilia Galán

Ilustración de cubierta:
Jesús Zatón



© 2021 Jesús Zatón
© 2021 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Covadonga, 8
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1^a edición: septiembre, 2021

ISBN: 978-84-18536-22-9
Depósito Legal: AS 01537-2021

Impreso en España
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Manolo y Julia, mis padres.

Nadie lo merece más.

DAR VOZ A LOS PAISAJES INTERIORES

Por
Santiago Izar de Lafuente

Reconoce Jesús Zatón que la palabra —en el origen, fuente de toda creación— se torna en el poeta voz, grito, proclama y silencio. A veces, susurro, confidencia; a veces, luz, sombra, furia, sueño, clarividencia, locura, desvarío, revuelta, eco fugitivo, a través de las regiones ignotas, fecundas y desconocidas a la razón... pues cada poema —si en realidad lo es—, recrea el asombro, desvela el misterio de la propia condición humana.

Por ello, la poesía de Jesús Zatón se reviste con numerosas vestimentas. Es, según sus propias palabras: «la virgen, y la meretriz, que huyen en cada verso de lo trillado, de lo vulgar, de lo insustancial e insulso».

Tal es su concepción, pues nuestro artista concibe la poesía como un medio para dar voz a los paisajes interiores que, como poeta, frecuenta: mundos estéticos e

intelectuales, vividos y sentidos, que forman parte de su personalidad, pero que no pueden ser advertidos y mostrados sino a través de la palabra.

En tal sentido, su poesía trata de ser un «pozo» del que brote un agua que sacie la sed, la necesidad de asombro y de misterio, que permita vislumbrar sensaciones, emociones y formas nunca antes percibidas.

Cierto que la poesía no es la realidad, tangible a través de los sentidos, aunque penetre en ella, a veces con la voluptuosidad de un «voyeur». Por eso, el objetivo de la poesía —de su poesía— no es la belleza, ni siquiera la crítica social. «La poesía —en opinión del poeta—, como las flechas de Cupido, deviene en amor, y debería elevarnos a estadios donde perviven los últimos gi- rones de la magia, donde el lector pueda volverse, en cierto modo, «clarividente», participar, como coautor, de las más elevadas creaciones mentales que el poeta sea capaz de plasmar en palabras».

Jesús Zatón no busca, a través de la poesía, llegar al gran público —si bien confiesa que sería de su agrado—, ni siquiera pretende despertar de su sueño al plácido durmiente, amodorrado, en el mejor de los ca-

sos, entre libros. Pero quiere ser ancla que alcance las profundas fosas de sus mares interiores, si bien, tal vez, el problema estribe en que, como todos los poetas, tiene algo de incorpóreo, o, quizá, de excesivamente corpóreo. Así, su poesía se debate entre dos realidades contiguas, dos mundos, el propiamente tangible y el que prefigura sus pensamientos. Por eso, a veces, escribe recorriendo el mundo donde impera el silencioso temblor de una mirada, la mano que, terca, se afana en alcanzar encendidas cúpulas, arquitecturas impenetrables a la razón.

Nos recuerda el poeta que se atribuye al dios griego, Hermes, el origen del lenguaje y la escritura y que, siguiendo su lúcida estela, la poesía (su poesía) no puede ser otra cosa que textos «revelados», y que el poeta, al igual que las antiguas pitonisas de los «oráculos», no es sino «un transmisor de respuestas», de esas respuestas, de esas voces que surgen más allá del mundo visible y tangible. Y, teniendo muy presente que las respuestas dadas por los oráculos podían ser tanto verdaderas como falsas, le correspondería al poeta-bardo-pitonisa el trabajo de captar e «interpretar» las

señales, símbolos y palabras que la poesía manifiesta a su través.

Desde tales concepciones, no cabe duda de que Jesús Zatón busca trascender el sentido propio del lenguaje, hacer del poema una hermenéutica, tendente a la comprensión del ser humano. Pues «qué es la poesía –dice–, sino una forma de conocimiento, un adentrarse en las oscuras regiones de la mente, para aportar luz a la razón a través de la palabra». Sí, el poeta debe «apropiarse» del fruto sagrado, de las manzanas áureas del jardín de los dioses. Pero, ¿cómo? La respuesta de nuestro poeta es clara: «Reelaborando las experiencias vividas en los oscuros jardines de la memoria y el subconsciente. Para ello, es preciso que la poesía surja de lo auténtico, de experiencias que, si bien nunca pueden ser completas, traten de sintetizar, a través de la escritura, la realidad vista y vivida en el mayor grado de plenitud posible».

Por supuesto, Jesús Zatón es muy consciente de que no basta con describir «lo visto», «lo sentido», «lo intuido»... El poeta se ve obligado a sumergirse en la «realidad» de «los otros» y hacerla suya. El problema

último de la poesía, como de cualquier otro arte, es que lo creado nunca es la realidad, sino una construcción simbólica, que utiliza signos elocuentes y reconocibles para recrear mundos. Y, de este modo, inevitablemente, todo poema es un «autorretrato» del poeta. A través de su capacidad de otredad, de «ser otro», al tiempo que descubre a los demás, se descubre a sí mismo. Tales concepciones cabe aplicarlas a Jesús Zatón, pues, también inevitablemente, sus poemas nos aportan un retrato de su manera de ser y de concebir el mundo y, sobre todo, de concebir al «hombre». No es por ello casual que el título de su último poemario sea «Acaso también, un hombre», porque, para Jesús Zatón, ser un «hombre» es mucho más que ser un individuo que pertenece a la raza humana. Ser «un hombre» es saberse uno con la totalidad del Universo, reconocerse en el mundo mineral, vegetal y animal (al fin y al cabo, según sus concepciones, sus cuerpos físico, etérico y astral están formados de sustancias de estos tres mundos). Y, por supuesto, reconocerse como parte de la deidad, o, para ser más exactos, reconocerse como una parte sustancial de la deidad misma.

«Acaso también, un hombre» (cuarto poemario publicado del autor) está configurado en cuatro bloques. En el primero («Poéticas»), el autor alude al germen mismo de la poesía, y su relación con esa parte femenina que, a veces, encuentra su concreción en una mujer, pero que, por lo general, trasciende los aspectos carnales, para dejar entrever esa esencia que solemos denominar «alma».

En «Luz inasible», segundo bloque del poemario, las resonancias espirituales, (que no religiosas), son inequívocas. El «Artífice supremo», el dador de la Vida y la naturaleza más profunda del poeta se desvelan como una misma esencia. El poeta, sin renunciar al mundo de la forma y de la carne, se reconoce como un «dios» encarnado, un dios que ha hecho su morada en el cuerpo que transitoriamente habita. Pero un «dios» revestido de corporeidad, que anhela regresar «a la densa matriz de donde todo emana».

En el tercer bloque («Topografías humanas»), el poeta «mira», contempla las diversas facetas de la condición humana, deteniéndose, muy particularmente, en los desfavorecidos, aquellos de quienes la vida está a pun-

to de huir, o ya ha huido. También en los niños, a quienes las guerras arrastran al olvido...

En el cuarto bloque («Materia humana»), además de adentrarse en sus propias percepciones corpóreas, se adentra en el amor. Un amor capaz de transmutar la densidad de la carne a través de un beso, haciendo que los amantes, como ya nos mostró en sus cuadros Marc Chagall, se alcen «verticales y veloces, / por encima de las casas y los árboles». Pero también amores «que se rompen con el uso», en los que habita la soledad y donde las palabras son fronteras, «jardines vacíos, noches sin versos».

Descendiendo a los aspectos más técnicos, a la «cocina», cabe señalar que Jesús Zatón siente la necesidad de utilizar las palabras –no siempre, por supuesto–, con un sentido distinto del propiamente fonético, de modo que el poema adquiera un sentido que va más allá de lo evidente, y pueda aportar significados (o sugerencias) que, en realidad, no es posible describir mediante su significado lógico. El poeta necesita crear «imágenes mentales» que permitan vislumbrar realidades que escapan a la visión cotidiana, que despierten

sensaciones visuales, táctiles, olfativas, e incluso térmicas. Utiliza, igualmente, la «sinestesia», mediante expresiones de diferentes modalidades sensoriales. Por supuesto, sabe que es preciso «moldear» el lenguaje con el fin de hacerlo más intenso, más expresivo y personal, y enfatizar cuanto sea posible su carácter universal. Pues el lenguaje poético está obligado a hacer vibrar los sentidos del lector. En ocasiones, mediante semejanzas, metáforas, aliteraciones, u otras figuras retóricas; en otras, mediante el humor, la ironía, o reduciendo el poema a su mínima expresión, con el fin de alcanzar el corazón, la esencia que puede ser transmitida como un soplo de palabras afines al lector.

Por eso, Jesús Zatón cree que la poesía, aun buscando «el ahora» más inmediato, «debe adentrarse en lo intemporal. La poesía no se mueve de izquierda a derecha, ni de arriba abajo, sino que circula en espiral, inundando el espacio y, al tiempo que se extiende, avanza hacia el centro del propio poeta y de quienes le leen». Así, la poesía de Jesús Zatón nunca es un círculo cerrado. Por los intersticios de sus poemas corre el aire, la vida. Y su poesía se vuelve un nexo que vincula la

Naturaleza con la arquitectura del cuerpo. Solo de este modo, —nos dice Zatón— «la poesía y el poeta se vuelven eternos amantes, se acarician a través de la creatividad y el pensamiento».

I
POÉTICAS

HAY POEMAS QUE NACEN

Hay poemas que nacen
en los bordes mismos
de la luz y del asombro,
en las fronteras y espacios
huidos del silencio.

Y poemas que brotan
en la quemazón de los párpados,
en los dientes hundidos
y las manos sangrantes del poeta,

poemas o cuerpos disparados
que invaden oscuros la tierra
hasta echar raíces y emerger,
hirientes como espinos.

TU AUSENCIA, UN CERRAR LOS OJOS

Tu ausencia, un cerrar los ojos,
o ser cegado
y tropezar con el mundo
vuelto densamente oscuro.

Y si salgo de mí para buscarte
o respiro, lentamente,
las estancias vacías
que juntos habitamos,
supuran los versos, ecos
de tu esquiva presencia.

TIENTAN LAS PALABRAS AL POETA

Tientan las palabras al poeta
con cantos de sirena arrancados al silencio.

Todo cuanto nombra, cobra aliento
en la selva ignota de su mente.

Todo lo nombrable trasciende lo invisible,
torna aparición
en la materia primigenia del poema.

NO IMPORTA SI EN ALGÚN CIELO ETÍLICO

No importa si en algún cielo etílico,
ebrio de luciérnagas y estrellas,
lloran las guitarras;
si desde los altos estantes y repisas,
las palabras se zambullen de cabeza
en los frescos lavaderos de los libros.

La poesía — bien lo sabes —
está hecha de pilones deslucidos

donde bucean los versos.

HAN HUIDO LOS PÁJAROS DE TUS OJOS

Han huido los pájaros de tus ojos,
y tus cabellos, desnudos de mar,
flotan sobre corrientes sudorosas
de asfalto.

¡Mírate! Escucha cómo los árboles,
convertidos en farolas,
lloran tu ausencia.

¡Mírate! Escucha, tú, poeta,
tú que sabes detrás de qué puertas
yacen olvidadas las alas
que un día fueron hombres o aves.

No quiero que tu voz se pierda
en la vanidad de las palabras,
ni que sean tus labios polvo
que el viento arrastra entre las páginas
de un libro de poemas.

ESCRIBO ESTE POEMA

Escribo este poema
para cercar el mar
sobre el denso albor
de las páginas en blanco,
o ver
cómo fingén llorar,
en el jardín, las rosas
cuando Vulcano tizna,
con sus ígneas escorias,
el acre dulzor de la tarde
que declina
por las últimas estancias
de los sueños,

y reposar, sin ansias,
la mirada,
sobre el lento fluir
de las voces y los versos.